

La primera encíclica de Benedicto XVI ha despertado en todos, pero especialmente en los cristianos, alegría y asombro. El Papa va directamente al corazón de nuestra fe. ¡Dios nos ama, es el gran Amante, el primer Amante! Y el cristiano es aquel que se sabe amado y que ha encontrado el camino del amor.

Dios nos ha hecho para amar. Por la misma constitución de nuestra naturaleza tenemos la vocación de ser amantes. Hace algunas décadas, la escritora alemana Gertrud von Le Fort invitó a sus contemporáneos a darse cuenta de esta realidad maravillosa y a «convertirse» a su propia humanidad; porque, según ella, cuando uno es profundamente humano, Dios se revela a través de él. Y quizás sea ésta una de las pocas «pruebas» de la existencia de Dios que amplios sectores de nuestras sociedades están dispuestos a aceptar hoy en día.

El Papa propone, entre otros, el ejemplo de la beata Teresa de Calcuta. Esta mujer sencilla comprendió la grandeza del amor divino: se dejó amar y amó. No actuó por sus propias fuerzas, sino movida por la energía del Espíritu, cuando se dedicó en cuerpo y alma a ayudar a los más pobres y necesitados. Irradió bondad y atrajo a millones. El esplendor de Dios se reflejó en su rostro. Y era mucho más bella que cualquier modelo que quiera reflejar los cánones actuales de la estética.

Benedicto XVI hace lo que ha hecho durante toda su vida: entrar en diálogo con la modernidad. Busca el fondo común en las diversas posturas e ideologías. Con respecto al amor, no se puede decir que el cristianismo predique un oscuro y obstinado «interés» por los demás, mientras que el mundo secularizado se centre en el «impulso ardiente» hacia el otro. Ciertamente, hubo y hay

deformaciones, pero el amor es fundamentalmente uno: es una relación afectiva y efectiva con otro.

La caridad comprende en sí misma todas las configuraciones del amor, tanto la atracción («eros») como la entrega («agapé»). Podemos descubrir en cada hombre algo bueno y bello que nos conmueve; y descubrimos también en cada uno muchas necesidades que estamos llamados a aliviar. Pero el amor no sólo consiste en dar, sino también en recibir. En el fondo, somos unos «pobres mendigos» que siempre reciben más que lo que pueden dar. Esto vale incluso para el caso límite en que diéramos nuestra vida por amor, ya que la misma vida es un don del Creador. El Papa subraya que el amor se dirige en un único movimiento a Dios y al prójimo. En efecto, no puedo amar verdaderamente a Dios, si rechazo a sus hijos y amigos. Y tampoco puedo amar a los demás con generosidad, si me cierro a la fuente de vida y de salvación.

Si se tiene esto presente, las clasificaciones del amor —Benedicto XVI alude a alguna de ellas, pero todos tenemos en la mente libros que lo hacen de otro modo: los cuatro amores, amor y amistad, eros y agapé, etc.— aparecen más bien como teóricas. Benedicto XVI considera que cada persona es única e irrepetible, y se relaciona de un modo siempre original con Dios y con los demás. Dios, el eternamente Nuevo, ama de un modo distinto a unos y a otros. Y cada uno le correspondemos de manera diferente. Lo mismo se aplica al amor entre un padre y su hijo, entre hermanos, amigos o cónyuges: cada relación de amor es única y libre, y es diferente a todas las demás.

Ciertamente, la inclusión del eros en el amor cristiano puede parecer una novedad de la encíclica. Pero no habría que olvidar que Juan Pablo II preparó este paso, especialmente con sus estudios sobre «Amor y Responsabilidad» y, siendo Papa, con sus catequesis sobre la «Teología del cuerpo». No pocos experimentarán esta novedad como liberadora. Es como decir con toda autoridad: una «caridad fría» no es cristiana, y ni siquiera es humana. Es una ofensa a Dios y a los demás. Estamos llamados, realmente, a amar «con todo el corazón», con un corazón que se deja maravillar, pletórico de anhelos, de cariño, con ansias de entrega, cultivando y mostrando el rico mundo de los sentimientos.

Pero es una novedad llamada a dar frutos en la evangelización en que está empeñada la Iglesia. Especialmente entre algunos grupos de jóvenes prevalece la idea de amor como una chispa y «nada más». Cuando ya no se siente nada, se acaba el amor. Aparte de la manipulación de los medios, puede tratarse de una reacción a algunas exageraciones de las épocas pasadas que insistían, a veces con demasiada vehemencia, en el deber de entregarse, y convertían así «en amargo lo más hermoso de la vida». Las pasiones pueden asumir una fuerza

destructora en nuestra naturaleza caída. Benedicto XVI destaca, por tanto, que hay que purificar y madurar el «eros». Pero no se trata de reprimirlo. Un amor pleno mantiene viva la vibración interior.

El amor, por fin, es compatible con el dolor. Quizá es este dolor «sufriente» el que se asemeja más al amor de Dios a los hombres: a nosotros, que podemos «decepcionarle» cada día de nuevo.

Hay, qué duda cabe, muchos otros motivos presentes en la encíclica: la acción caritativa de la Iglesia, las relaciones entre razón y revelación, las competencias de las instituciones en el ejercicio de la justicia con la caridad, etc. Los artículos del presente cuaderno exploran, desde el punto de vista teológico, algunos de ellos. En estas breves líneas de presentación, sólo quería llamar la atención sobre el aspecto señalado por Benedicto XVI en el mismo título de la encíclica: descubrir a Dios es descubrir el amor, descubrir el verdadero amor es descubrir al verdadero Dios que se ha revelado.

Jutta BURGGRAF